ES PROPIEDAD DE D. ISIDRO CERDÁ. BARCELONA.

Biblioteca DRAMÁTICA

SE VENDE EN LA LIBRERIA DE CUESTA. MADRID.

UNA NOCHE DELICIOSA.

Pieza cómica en un acto, refundida del francés por D. Manuel Garcia y Gonzalez, representada con aplauso en el teatro de la Cruz el 26 *de agosto de* 1852.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Longinos.	*D. N. Pareja.*
Don Nepomuceno.	*D. Antonio Vico.*

La escena pasa en una casa junto al canal de Madrid.

(Sala en el piso bajo de una casa de campo aislada. A la izquierda, en primer término, un piano arrimado á la pared; junto al piano un armario muy pequeño, sobre el cual hay dos candeleros, dos cajas de fósforos, un jarro y un vaso. Al mismo lado la puerta de una alcoba. En el fondo, frente al público, una gran ventana que deja ver el espeso arbolado que rodea todo el edificio. Una escopeta contra la pared de la ventana. A la derecha la puerta principal con cerradura. En el mismo lado, y en primer término, una puerta que dá á otra alcoba. Dos sillones y dos sillas. Durante toda la pieza reina la mas completa oscuridad fuera de la escena.)

Escena primera.

Longinos, D. Nepomuceno.

(Al alzarse el telon la escena está á oscuras. Se oye fuera el ruido de un látigo y el rodar de un coche que llega y se detiene. Cesa el ruido. A poco tiempo se oye la voz campanuda de don Nepomuceno.)

Nep. (*desde fuera*) No me lastime usted, caballero! Poco á á poco! (*la puerta de la derecha se abre y entra Longinos; su trage es el de un cochero, y viene amenazando con una pistola á don Nepomuceno.*)

Lon. Hágame usted el obsequio de entrar! Voto va!...

Nep. (*entrando con el miedo mas espantoso.*) Con mucho gusto... lo que usted me mande señor cochero! (*ap. y andando de puntillas.*) Vírgen de la O... he caido en un lazo!

(Don Nepomuceno viene vestido con toda la ridiculez de un hombre viejo y gordo que está de boda. Trae un enorme ramo de flores en el frac, picos de camisa muy largos, y un alfiler de gran tamaño en el pecho.)

Lon. Usted me dispensará que le deje á oscuras. (*se dirige hácia el armario.*)

Nep. (*reponiéndose un poco.*) Señor cochero, yo protesto!..

Lon. (*con voz lúgubre.*) Qué gruñe usted?

Nep. (*acobardado.*) Nada... usted es un caballero... pero al fin y al cabo lo que me sucede es estraordinario. (*al público.*) Figúrense ustedes que hace poco mas de un cuarto de hora que estaba yo en Madrid...

Lon. (*encendiendo un candelero con un fósforo. Luz en la escena.*) Siga usted... siga usted...

Nep. (*id.*) Yo, Juanito Nepomuceno, Carlos, Felipe, Ignacio Pandorga... administrador cesante de varias estafetas... Acababa de casarme...

Lon. (*encendiendo el otro candelero.*) Siga usted... siga usted...

Nep. Pues esohago. (*al público.*) Mi reciente esposa, con-

movida y mas colorada que un tomate, recibia en la sacristia de la parroquia de san Justo las felicitaciones de unos veinte y siete convidados y yo. .

Lon. (*quitándole el sombrero de la cabeza.*) Le incomodará á usted el sombrero? (*lo pone sobre el sillon de la izquierda.*)

Nep. (*maquinalmente.*) Gracias! no me incomodaba! (*siguiendo.*) Y yo me ausenté por un segundo para ver si habia llegado ya el coche que debia llevarnos á Getafe, en donde ibamos á pasar la tornaboda... cuando le veo llegar.... subo para visitar el interior, y en el instante mismo...

Lon. (*á don Nepomuceno qne al mismo tiempo de decir su relacion se ha quitado los guantes.*) Estorbarán á usted los guantes? (*los echa en el sombrero.*

Nep. (*maquinalmente.*) Gracias! no me estorbaban! (*siguiendo*) En el instante mismo cierran la puerta y parte el velocifero como alma que lleva el diablo!

Lon. Hágame usted el favor de darme el reló... y la cadena. (*con mucha cortesia y apuntándole con la pistola.*)

Nep. Con mucho gusto, si señor.

Lon. Precioso alfiler de pecho; á ver...

Nep. Permitame usted... (*resistiendo. Longinos vuelve á apuntarle.*) Con mucho gusto; si señor, con mucho gusto. (Asesino!)

Lon. Veo que es usted un hombre razonable.

(*pone todos los objetos dentro del sombrero de don Nepomuceno, y los encierra en el armario, despues de haber sacado de este un lio de ropa.*)

Nep. (De fijo, he caido en manos de un capitan de ladrones! Y que bien puesta tiene la casa el muy tunante.) Hola un piano!

Lon. (*bajando á la escena con el lio de ropa.*) Le suelo tocar de vez en cuando.

Nep. Si, he? (Quién será el infeliz que se habrá quedadado sin él!) Conque, señor mio, me alegro de haber conocido á usted, y tendré mucho gusto en servirlo (como si me ahorcáran) cuando nos volvamos á ver en Madrid. Ea, agur. (*Lleva maquinalmente la mano á su cabeza como para quitarse el sombrero.*)

Lon. A dónde vá usted?

Nep. A la calle: ya que usted ha equivocado el camino, trayéndonos á un sitio opuesto al de mi propósito... no quiero perder mas tiempo, y me iré, aunque sea á pie.

Lon. (*afectando un tono triste.*) Conque quiere usted abandonarme, señor don Nepomuceno?

Nep. (Calla! Si deseará que me quede aqui con él?...

Lon. Aun no hemos concluido, amigo mio.

Nep. Si? Y qué se le ocurre á usted ahora?

Lon. Tome usted esto. (*presentandole el lio de ropa.*)

Nep. Y qué es eso?

Lon. Entra usted en ese cuarto, (*señalando la puerta de de la izquierda.*) y haga el favor de quitarse los pantalones. (*don Nepomuceno da un salto retrocediendo*) Y póngase usted estos.

Nep. Pero hombre...

Lon. (*bruscamente.*) Vamos! Voto va!

Nep Allá voy, si señor, su amabilidad de usted... (*ap. cogiendo una luz.* Como yo te coja algun dia entre mis manos, te estrangulo. (*toma el lio de Longinos, y entra en el cuarto de la izquierda.*

Escena II.

LONGINOS, *solo.*

Al fin caiste en mi poder, viejo polilla! Pero señor, no es una cosa en estremo vergonzosa, que tenga yo por rival á un elemento tan antiguo como ese don Nepomuceno? Si cada vez que lo pienso!... En fin despojémonos de este disfraz, que tan mal me sienta, y llevemos nuestro plan adelante. (*se quita el disfraz de cochero, y se pone una bata elegante.*) No deja por cierto de ser algo atrevido haber robado esa... vieja embarcacion en las barbas de la misma novia. Pero ¡qué diablos! el amor todo lo disculpa, y yo estoy enamorado. Sin embargo, una cosa me inquieta, y es, cómo haré para detener aqui en rehenes á ese... avestruz? Si le ofreciese... mi amistad... pero dudo que la acepte. Seria preciso un medio para encerrarlo aqui como en una jaula. (*se queda un momento pensativo.*) Ah! escelente idea!

(Abre la ventana del fondo, y se pone á gritar muy alto, á fin de que lo oiga don Nepomuceno.)

He! Juan! Muchacho! Suelta los perros! Quitales á todos el bozal, y prepara las escopetas! (*al público.*) Asi lograré asustarlo.

Escena III.

LONGINOS, DON NEPOMUCENO.

(Don Nepomuceno sale precipitadamente del cuarto de la izquierda, vestido con un pantalon de Mahon y un sombrero de paja. Trae los otros vestidos envueltos en un pañuelo: pone la luz encima del armario.)

Nep. (Ha dicho que suelten los perros y que preparen las escopetas!)

Lon. (Creo que me ha oido.)

Nep. (*timidamente.*) Qué mas se le ofrece á usted mandarme, amigo mio?

Lon. Bravo! está usted muy lindo!

Nep. (Si me querrá hacer el amor?) Yo lo fui desde niño.

Lon. En dónde está la otra ropa?

Nep. Ahi la tiene usted... Calla! tambien ha cambiado usted de trage! Qué elegante es ese, y qué bien le sienta! (Le alhagaremos por lo que truene!)

Lon. Pues hablemos de negocios.

(Le ofrece el sillon de la derecha. Vá á encerrar el paquete de ropa en el armario, y vuelve á sentarse en el de la izquierda.)

Nep. Con mucho gusto. (Ahora me obligará á que le firme una letra de cambio!) (*se sienta.*)

Lon. Primeramente, voy á contarle á usted la historia de mi juventud.

Nep. Lo siento... Tengo prisa y... y si lo que usted quiere es dinero...

Lon. Como! Por quién me ha tomado usted!...

Nep. Por un caballero... Pero en fin, yo creo que es la cosa mas natural del mundo, el que usted me haya traido en coche, y que yo le quiera pagar!

Lon. Silencio! Lo que yo quiero es contarle á usted mis

debilidades.

Nep. Ola! Usted ha tenido debilidades... como las mugeres?

Lon. Yo me llamo Longinos Cascafuerte.

Nep. Muy señor mio y de todo mi aprecio.

Lon. Hace dos años que me enamoré.

Nep. Mal hecho!

Lon. Admírese usted!... Me enamoré ciegamente de una muger!

Nep. Cosa mas estraña!... (Sabidos los antecedentes.)

Lon. Por fin, me decido á pedir su mano, cuando sé que iba á casarse hoy mismo... con otro... con otro!

Nep. Digo! Con otro! Qué escándalo! Pero si las mugeres son el demonio!

Lon. Y no sabe usted quién es ese otro?

Nep. No señor... Y usted?

Lon. (*con una voz terrible.*) Con que no lo sabe usted!...

Nep. (*con mucha calma.*) Cuando le digo á usted que no.

Lon. Pues ese otro es usted!

Nep. Cómo! Mi muger!

Lon La misma... el ángel de mis sueños... Pero habia llegado tarde... estaba casada!

Nep. (Vaya una cosa estraña! Quien hubiese creido que mi buena Nemesia, con sus 52 años, fuese el angel custodio de...) (*se rie.*)

Lon. Sin embargo, esto no ha concluido, y no crea usted que abandono la partida!

Nep. Pero hombre, como quiere usted que los tres!..

Lon. La primera intencion que me dió fué la de romperle el bautismo al miserable...

Nep. Y la segunda?

Lon. La de arrancarlo de los brazos de la pérfida y.. (*le amenaza.*)

Nep. (*retrocediendo.*) Veamos, hombre, veamos. Razonemos un poco. Desde luego confiese usted que los medios que ha puesto en práctica son algo violentos... Supongamos tambien que quisiese usted tenerme aqui encerrado hasta el dia del juicio por la tarde: todo esto no impediria que yo dejase de ser el marido de mi mujer: y como la pobrecita no puede tener dos maridos, porque la bigamia está prohibida, y el divorcio no existe.

Lon. Pero existe la viudez. (*con agitacion.*)

Nep. (*dando un salto y levantándose.*) He! Qué dice usted? Osaria usted atentar de ese modo á los dias de mi vida!...

Lon. No señor! Pero le prevengo á usted que el aire que se respira aqui es mefítico, la brisa que llega hasta nosotros esta infestada de miasmas pútridos y deletéreos... las aguas estancadas del canal nos envian una atmósfera mal sana y en estremo perniciosa; en el invierno las pulmonias, y en el verano la fiebre, las tercianas y los tabardillos, y todo lo sentirá usted en un año.

Nep. Cómo! Seria usted capaz de tenerme aqui todo un año?

Lon. Y por qué no? No está usted bastante robusto? (*dándole palmaditas en el vientre.*)

Nep. Pero, señor mio, esto es horrible!.. Mi mujer me está esperando, y yo no me he casado para esto.

Lon. Todo lo que usted me diga es inútil: hay dos leguas de bosque al rededor, (Asustémosle.)

Nep. Y que me importa?

Lon. Venga usted acá. Evidentemente, es preciso que uno de los dos se quede aqui para siempre... muerto.

Nep. Pues señor mio, quédese usted que yo me voy.

Lon. Lo veremos, la suerte lo decidirá... desde luego pienso conducirme como leal adversario, batiéndonos con armas iguales.

Nep. Yo no me bato... yo soy casado.

Lon. Este es mi plan: tomaremos ambos el mismo alimento y beberemos en el mismo vaso el agua estancada del canal. (*don Nepomuceno hace un gesto.*)

Nep. Eso es un asesinato.

Lon. No señor, es un duelo á fiebre.

Nep. (Diablo! Esa ventana abierta .. ya me parece que tengo calentura.) (*á Long.*) Quiere usted hacerme el favor de cerrar esa ventana? (*se toma el pulso.*)

Lon. Si señor, pero esto no impedirá nada de lo que hemos dicho.

Nep. Ay! Dios mio! (*Longinos va á cerrar la ventana del fondo. Don Nepomuceno ap. y tiritando.*) (Brrr. Si yo tuviese aqui un vaso de quinina!)

Lon. (*tomando los dos candeleros y ofreciendo uno á don Nepomuceno.*) Con que, amigo mio, buenas noches. Yo me retiro siempre temprano. (*con mucha politica.*) Esos dos son nuestros cuartos. Ambos á cual mas húmedos y mal sanos. Ahora tenga usted la bondad de escoger.

Nep. Gracias, el que usted quiera.

Lon. Oh! no! Usted es mi huesped, y no permitiré...

Nep. (*señalando el de la izquierda.*) Pues abur. (*vase.*) (*Longinos toma la otra luz y entra en la derecha.*)

Escena IV.

DON NEPOMUCENO, *solo.*

(La escena queda un momento sola y en la mayor oscuridad. Don Nepomuceno sale á poco rato andando de puntillas, con el candelero que irá cubierto con su mano.)

Se fué ya ese caribe! (*registra.*) Gracias á Dios! Pero señor, qué es lo que á mi me pasa? Qué hacer en este momento supremo! Oh! qué idea! (*se dá una palmada en la frente.*) Apostaria cualquier cosa á que no se le ha ocurrido á ningun prisionero. De seguro: es una idea nueva: la fuga! Si, de ese modo no me veré obligado á aceptar el duelo que ese espadachin de nuevo género quiere imponerme: y una vez que me deja la eleccion de armas, escojo la fuga. (*asómase á la ventana.*) Qué noche tan hermosa! Como brinda á que uno eche á correr sin que nadie lo note, Veamos. (*abre la ventana.*) Todo duerme en la naturaleza. Tentemos un descenso gimnástico. Oh Morfeo, Morfeo! Yo invoco tu poderoso influjo sobre mi feroz enemigo! (*súbese en la ventana, y pasa una pierna al otro lado.*)

Escena V.

DON NEPOMUCENO *y* LONGINOS.

Lon. (*saliendo de su cuarto, ap.*) Juraria haber oido... (*viendo á don Nepomuceno.*) (Mi prisionero!) (*va andando hasta la ventana, y coge a don Nepomuceno por una*

pierna.) Hola, amiguito, qué hace usted aquí?

Nep. Yo? Nada. Pasearme. Segun parece, hay por ahí abajo algunos perros de presa?

Lon. Habrá unos treinta y dos.

Nep. Si, eh?

Lon. Hace tres dias solté toda la trahilla, como hoy, y devoró á un pobre hombre que no los habia visto hasta que estaban encima.

Nep. (*saltando vivamente de la ventana, y bajando á la escena.*) Demonio! (Si yo pudiese dar parte al Gobernador civil!) Tendria usted por casualidad un pedacito de papel blanco?

Lon. Para qué?

Nep. Para escribir algunos versos; una oda dedicada... (dale parte.)

Lon. Dedicada á quién?

Nep. A quién ha de ser? A mi pobre Nemesia, á mi mujer.

Lon. (*cogiéndolo por la garganta.*) Cómo! qué dice usted? Repítame otra vez como se llama!

Nep. Ay! Suélteme usted, hombre! Se llama Nemesia.

Lon. (*furioso.*) Nemesia! Con que es decir que no eres tú? Que me he traido á un casado por otro! Que eran dos! Respóndeme.

Nep. (*temblando.*) Qué he de responder?

Lon. Estúpido! Por qué se ha dejado usted robar?

Nep. Pues hombre, me gusta! Y esas malditas pistolas que todavia parece sentirlas sobre mi pecho...

Lon. Y qué importa? Se grita, se muge, se muerde... y mientras yo remolcaba hasta aqui este fardo averiado, se consumaba el casamiento del otro!

Nep. Ah! con que entonces...

Lon. (*hablando consigo y sin hacerle caso.*) No tengo un momento que perder. Ahora mismo me vuelvo á Madrid.

Nep. Y yo?

Lon. Vaya usted al diablo!

Nep. Pero hombre; yo no conozco el camino; no sé donde estoy.

Lon. Bien, bien; dentro de cinco minutos estará el carruage listo, y en seguida á Madrid. Si usted se despacha pronto, lo encajonaré en él.

Nep. (*ofendido.*) Lo encajonaré!... Que quiere decir...

Lon. (*sin hacerle caso y abriendo el armario.*) Ahi tiene usted su ropa, el sombrero, el reló, la cadena, y el alfiler. Cuando estemos en Madrid me devolverá la otra.

Nep. Ah! Hágame usted el favor de encerrar los treinta y dos perros.

Lon. Y yo que debia ya estar en Madrid! (*vase por la puerta de la derecha.*)

Escena VI.

Don Nepomuceno *solo, poniéndose el alfiler y guardando el reló.*

Si... échele usted un galgo! Pues señor, gracias á Dios que salimos del susto. A Madrid... pero si ese no es mi camino. Si yo voy á Getafe, porque no es posible que todavia esté en la sacristia mi reciente esposa! Pobrecilla! Me habrá estado esperando, mientras yo he pasado aquí el purgatorio. Si yo pudiera robarle á este bribon su coche, es decir, el mio!... veamos. (*se dirige a la puerta que estará cerrada.*) Ah! tunante! La ha cerrado! Iremos por la ventana... Pero el caso es que si no ha encerrado á los perros, me devorarán como á ese infeliz que pillaron hace tres dias, porque deben estar rabiando hambre. (*va hacia la ventana.*) Escuchemos. Nada, no se oye nada: yo me arriesgo. (*toma el lio de ropa, y pasa una pierna al otro lado de la ventana.*)

Escena VII.

Don Nepomuceno, Longinos.

Lon. (*entrando vivamente.*) Está usted sordo?

Nep, (Me cogió!)

Lon. Qué hace usted ahi?

Nep. Nada, lo mismo que antes.. (*baja á la escena.*)

Lon. (*cerrando la ventana.*) Despáchese usted.

Nep. (*con zalameria.*) Longinos, Longinitos, seria usted tan amable que me hiciera un favor?

Lon. Diga usted.

Nep. Poca cosa: dejarme en Getafe, de camino que vamos á Madrid, aunque haya que rodear un poco.

Lon. Se está usted burlando de mi!

Nep. Pero, caballerito, mi familia me espera, lo oye usted? Yo tengo familia... mi hijo Agamenon...

Lon. Y á mi, qué me importa?

Nep. Y mi pupila Teresa Marquillos?

Lon. (*vivamente.*) Teresa! Su pupila de usted se llama Teresa?

Nep. Marquillos, si señor.

Lon. (*con transporte.*) Ay! qué felicidad, señor don Nepomuceno! Si usted supiese! (*quítase el sombrero y le abraza muchas veces.*)

Nep. Qué he de saber yo?

Lon. (*con respeto.*) Caballero, tengo el honor de pedir á usted la mano de la señorita Teresa, su pupila... porque ella es mi novia.

Nep. Para usted? Para un calavera que ha hecho conmigo tantas iniquidades?

Lon. Si, señor, para mi, que la amo estraordinariamente.

Nep. Me alegro infinito de esta circunstancia, porque ahora me las vas á pagar todas juntas.

Lon. Con que no consiente usted?

Nep. No, y cien veces no. La guardo para mi hijo Agamenoncito, con quien la voy á casar mañana mismo.

Lon. No se casará.

Nep. Por qué?

Lon. Porque para que una pupila se case, necesita el consentimiento de su tutor.

Nep. Se lo daré.

Lon. Y para que un hijo menor se case, necesita el consentimiento de su padre.

Nep. Se lo daré tambien.

Lon. (*cogiendo una pistola y quitandole el sombrero.*) Hágame usted el favor del reló, la cadena y el alfiler. (*con mucha politica.*)

Nep. (*brincando de cólera.*) Hombre, volvemos á empezar? (*va dándole todos los objetos que le dice.*)

(Longinos encierra todos los objetos en el armario, y vuelve á la escena, diciendo á don Nepomuceno con respeto.

Lon. Caballero, tengo el honor de pedir á usted por segunda vez la mano de la señorita Teresa, su pupila.

Nep. (*fuera de sí.*) Si yo tuviera aquí un cañon de noventa y seis!

Lon. Quiere decir que tendré el gusto de que permanezcamos aquí encerrados. (*va, cierra la puerta, y se guarda la llave en la faltriquera.*)

Nep. Bien, me quedaré, nos quedaremos. Si piensas de ese modo hacerme ceder, te llevas chasco.

Lon. Usted cederá.

Nep. No me conoces: acepto la esclavitud, acepto los hierros, acepto la fiebre!

Lon. (*alhagándolo.*) Vamos, papá mio.

Nep. (*con dignidad.*) Yo no soy padre de nadie.

Lon. Pues no tiene usted un hijo?

Nep. Esa no es una razon.

Lon. Hagamos las paces.

Nep. Nunca; no te acerques á mí; te odio, te detesto, no te puedo ver. (*vase.*)

Escena VIII.

LONGINOS, *solo*.

Maldito viejo! Y qué haré para obligarlo á que ceda otorgándome á Teresa!... No, y ello es preciso porque la quiero, la amo, y me he empeñado en ello. Buena idea! El pícaro viejo quiere la guerra? Pues guerra en él! (*óyese roncar en el cuarto de don Nepomuceno.*(Qué oigo! Está roncando. (*se dirige á la puerta.*) Rehusas darme á Teresa, y te pones á roncar! (*otro ronquido mas fuerte se oye dentro.*) Yo te despertaré! No volverás á dormir, yo te lo aseguro. Te voy á sitiar por sueño, (*abre el piano.*) por hambre por sed.

(Se sienta delante del piano, y se pone á tocar con todas sus fuerzas, cantando al mismo tiempo el aire de:

si quieres guerra, guerra tendremos.

(*repitiendo dos ó tres veces el primer verso.*)

Escena IX.

LONGINOS *y* DON NEPOMUCENO.

(*Longinos continua cantando sin hacerle caso. Don Nepomuceno sale en calzoncillos, con gorro de dormir, y viene á sentarse tranquilamente al lado de Longinos.*

Nep. (Pero. señor, para cuándo son los rayos y las centellas!)

Lon. (*volviéndose hácia don Nepomuceno.*) Querido vecino, tengo el honor de pedir á usted por tercera vez...

Nep. (*con un tono muy amable.*) Continua, hijo mio, continua; casualmente me gusta con estremo esa cancion. (Que no te se sacáran los dedos!)

Lon. Hola! Le gusta á usted? (*se pone a cantar con mas fuerza.*)

Nep. (Pues señor, bien: hemos cambiado de armas: ahora es un duelo al piano!)

Lon. Con su permiso de usted voy á abrir la ventana, porque hace mucho calor. (A ver si se resfria.)

Nep. Tú lo tienes, hijo .. (de Lucifer!) (*Longinos abre la ventana del foro de par en par.*)

Lon. Qué hermosa noche...

Nep. Divina! (*don Nepomuceno estornuda.*)

Lon. Jesus.

Nep. Gracias!

Lon. Se ha resfriado usted?

Nep. No, no es nada. A mí me gusta estraordinariamente resfriarme, porque esto ocupa la nariz.

Lon. Vamos, señor don Nepomuceno, por cuarta vez tengo el honor de pedir.

Nep. Si estoy enterado. (*bostezando.*)

Lon. Se va usted á dormir?

Nep. No, hijo mio, no. (*estornuda.*)

Lon. Vamos, futuro papá- suegro, dejémonos de locuras. Voy á dejarle á usted por un cuarto de hora, á fin de que reflexione: al cabo de este tiempo volveré á pedirle por quinta vez la mano de Teresa, y quedaremos amigos.

Nep. Lo que quieras, hermoso mio!

Lon. Pronto vuelvo. (*vase.*)

Escena X.

DON NEPOMUCENO, *continuando*.

Como te presentes otra vez delante de mi, soy capaz de cometer un asesinato. Uf! Dios mio! Dios mio! Qué son todas las calamidades del mundo en comparacion á la que ha caido sobre mi?... Que venga Job con toda su paciencia: lo desafío á que se ponga en mi lugar. Pero en fin, ahora que me deja solo. aprovecharé el tiempo; y aunque supiera morir á los dientes de esa trailla, moriria con gusto, con tal de no verlo mas. Examinemos el terreno. (*coge una luz va a la ventana y mira hacia afuera.*) Poca es la elevacion: unos cuatro pies. Animo pues, y canto victoria. (*va hacia el armario andando de puntillas, saca su ropa, se pone el sombrero y el lio debajo del brazo.*) Ahora, bribon, archibribon, pídeme la mano de mi pupila! (*va hacia el balcon, pone los dos pies al otro lado; al caer se oye un gran ruido.*)

Escena XI.

LONGINOS, *despues* DON NEPOMUCENO.

Ha reflexionado usted ya? Pero calla! no hay nadie... Se ha escapado... todo se ha perdido... (*va á la ventana.*) Está allí! escalando una tapia!... Eh! Don Nepomuceno!

Nep. (*desde fuera.*) A Dios, galopin!

Lon. Ay. Dios mio! Qué haré? Oh! (*coge la escopeta.*) No está cargada pero le asustaré. (*apunta con la escopeta á don Nepomuceno.*) Deténgase usted, ó le tiro.

Nep. (*desde fuera.*) No sea usted atroz!

Lon. Suba usted, ó no respondo de su vida.

Nep. Espera, espera, hijo de Satanás, y déjame dar la vuelta.

Lon. No, no, por aquí; no quiero perderlo á usted de vista.

Nep. No podré subir.
Lon. (*apuntando siempre.*) Suba usted, ó le tiro.
Nep. (*dando un grito.*) Ay!

Escena XII.

LONGINOS *y* DON NEPOMUCENO.

Don Nepomuceno llega por la ventana con el lio en el brazo y una mano puesta en un ojo. El sombrero lleno de cal y en calzoncillos.

Nep. Ay, ay! maldita sea tu casa, y tú con ella! Me ha caido una porcion de cal en un ojo, que me echa fuego!
Lon. Echese usted agua.
Nep. (*frotándose.*) Ay, ay! Esto es rabiar!
Lon. Le pica á usted mucho? Beba usted. (*le presenta un vaso con agua.*
Nep. Sóplame en el ojo, sóplame fuerte?
Lon. Con mucho gusto. (*va á soplarle y de pronto se detiene.*) Ah! Un momento: tengo el honor por sesta vez de pedirle á usted...
Nep. Hombre, que me quedo ciego! (*va á tomar el vaso de agua, y Longinos lo retira y se la bebe.*
Lon. A su salud de usted.
Nep. Despues de tanto como me has hecho pasar!... Por vida de la cal! Si pudiese yo mismo! (*pónese á soplarse él mismo en el ojo.*) Imposible! Si tengo la boca debajo de la nariz... Qué escozor, Dios mio! Qué fuego! (*saltando y chillando con furia.*)
Lon. La mano de Teresa y quedar libre!
Nep. Santo Dios! Santo fuerte!
Lon. Advierto á usted, que al cabo de los tres dias sobreviene la inflamacion, despues la gangrena, y luego... ceguera total.
Nep. (Canario!) Veamos, Longinos, me prometes al menos hacerla dichosa?
Lon. Oh! si, muy dichosa! (Ya cede!)
Nep. (Qué cobarde soy! Pero me escuece tanto!) Pues sopla!...
Lon. Con que me dá usted á Teresa?...
Nep. (*haciendo un esfuerzo.*) Si, bribon, al fin me decido. Sopla, pero sabe al menos que te detesto, y que si no fuera por la cal... Oh! los efectos de la cal son atroces...
Lon. Tanto me da. (*pónese delante de don Nepomuceno, y le sopla en el ojo.*) No se mueva usted.
Nep. (*levantando los párpados con las manos.*) Mas fuerte, mas fuerte! (*de pronto.*) Ay! ya está, ya se quitó; Dios te lo pague!
Lon. Cuándo será la boda?
Nep. Pronto. Pero, qué le digo á mi hijo?
Lon. Dígale usted que le he soplado la dama.
Nep. Si... Por medio de mi ojo. Ea, voy á ponerme mi vestido de boda, y...

Si no llegó á parecer
la pieza muy enojosa,
puede un aplauso obtener
Una noche deliciosa?

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Examinada por el señor Censor de turno y de conformidad con su dictamen, puede representarse.—Es copia

BARCELONA, 1866.

LIBRERÍA DE ISIDRO CERDÁ

calle de la Platería, núm. 18.